

REPERTORIO AMERICANO

Editor: J. GARCIA-MONGE

TOMO 5

SAN JOSÉ DE COSTA RICA, LUNES 23 DE OCTUBRE DE 1922

No. 3

El egregio Varona responde, el primero, a la encuesta del "Repertorio Americano"

Señores Editores del
REPERTORIO AMERICANO.

San José de Costa Rica.

Muy señores míos:

He recibido el cuestionario que se han servido dirigirme. El noble propósito de ustedes, al proponer tan vasto plan de estudio a los escritores de nuestro origen, no puede menos de interesarme; aunque no acierte, ni con mucho, a abarcarlo en su integridad.

He vivido tanto, y he sido testigo de tan profundos cambios en la manera de pensar y actuar de las grandes naciones del mundo, que he llegado a desconfiar de mis propias opiniones en lo que se refieren a los problemas sociales. Empiezo por esta confesión, para que ustedes disimulen la vaguedad de que adolezcan mis conclusiones.

La estructura actual del grupo de pueblos a que pertenecemos ha sufrido en estos últimos ochenta años las sacudidas más tremendas, y está siendo blanco de continuados embates. Más tarde o más temprano se han de presentar a todos los mismos conflictos; porque en todos hay numerosos elementos que no están conformes con su organización presente. Los obreros, que se reconocen fundamentalmente unos a través de las fronteras, aspiran en cada país a cambiar del modo más radical sus instituciones.

A mis ojos esta cuestión las domina a todas; porque según el cauce que su resolución haga tomar a los asuntos públicos, así se ha de orientar cuanto concierne a la educación, a la legislación, al gobierno, al comercio de productos y de ideas, y a las relaciones internacionales. Como ustedes ven, sólo me refiero a los puntos que más especialmente señala su encuesta.

Desde luego esto no significa que no vivamos en el presente, y que no hayamos de atender con cuidado a las interrogaciones que ese presente nos haga, para contestarlas aunque sea de un modo provisional, ¿Acaso no estamos siempre en lo provisional? Lo más trágico de la existencia de las

sociedades es que el hombre escribe sus códigos y elabora sus instituciones soñándolos duraderos; y apenas los promulga, empiezan a ser modificados. ¿Cuántas enmiendas ha sufrido en poco más de un siglo la constitución de los Estados Unidos? ¿Y cuántas enmiendas a la más importante de ellas no han introducido, en algunos de sus estados, la pasión y la inquina de unos ciudadanos contra otros?

Hoy por hoy las naciones de la América latina tienen delante, como incógnita formidable, el imperialismo yankee. Este constituye para algunas una amenaza, para todas un problema. Natural es que ustedes, colocados, como nosotros los cubanos, en el primer grupo, traten de buscar los medios de resistencia y de defensa.

Veamos algunos, porque a todos nos interesa.

Con excepción del Brasil, estos pueblos poseen el más poderoso instrumento de unificación mental: el idio-

ma. Debemos a toda costa hacer el más amplio uso de él. No sólo podemos utilizar las legaciones y los consulados, para fomentar el intercambio de periódicos, folletos, libros, grabados y demás formas de reproducción del pensamiento, sino que nos convendría establecer en cada país una junta de literatos, artistas y hombres de larga vista intelectual, encargada de activar esas importantes relaciones.

Antes del desquiciamiento producido por la gran guerra, el mundo de occidente se había acostumbrado a que las naciones se tendieran la mano a través de los mares y de las fronteras naturales o artificiales. Se multiplicaban las uniones postales, las telegráficas y radiotelegráficas, las sanitarias, las destinadas a la protección literaria y artística y a la de la propiedad industrial. Se procuraba la unificación del derecho marítimo; se tendía a dar cuerpo al derecho internacional privado; se establecía un instituto internacional agrícola. Apenas pasaba año sin que se concertara algún tratado de arbitraje permanente.

En este glorioso movimiento de civilización la parte de las naciones latino-americanas fué considerable y a veces preponderante. Nada se opone, antes bien me parece una gran necesidad, a que esa tendencia se acentúe e intensifique entre ellas; a semejanza de lo que pasó en 1911 en el congreso sudamericano de los ferrocarriles y en el congreso postal sudamericano.

A medida que se recojan los frutos de esta mancomunidad de intereses intelectuales, morales y prácticos, toda la parte realizable del programa de ustedes, o de otros semejantes, tenderá naturalmente a encarnarse, dentro de cada nación, en instituciones que harán a nuestros pueblos sentirse más seguros e ir con más confianza hacia lo porvenir.

Como ustedes observarán, procuro fortalecer y estrechar los vínculos humanos; y no me cuido tanto de los meramente políticos. Esto depende de que, personalmente, recelo de las vastas aglomeraciones bajo un solo gobierno, y soy partidario de la multiplicación de los pequeños estados.

Soy su más atento servidor,

ENRIQUE JOSÉ VARONA

Habana, 1º de Octubre de 1922.

REPERTORIO AMERICANO

SEMANARIO de la prensa hispánica.
De Filosofía y Letras, Artes, Ciencias y Educación, Misceláneas y Documentos.

Publicado por

J. GARCIA-MONGE

Apartado 533

SAN JOSÉ, COSTA RICA, C. A.

ECONOMIA DE LA REVISTA

El número suelto.....	0-50
La serie de 5 números, pagada por anticipado y solicitada a la Administración.....	2-00
Para el extranjero, el número suelto.....	\$ 0-15 oro am.
El tomo (30 entregas).....	3-50 » »
La página de avisos, por inserción.....	20-00 » »

En el contrato semestral de avisos se da un 5% de descuento. En el anual, un 10%.

Deben considerarse como inéditos, y remitidos por sus autores, los artículos que no llevan al pie la indicación de donde proceden.

Poemas del cuerpo humano

Por GABRIELA MISTRAL

[Leídos en la comida literaria de *El Universal*, México, D. F.]

LAS MANOS

MANOS, vosotras acariciáis las cosas. Conocéis el contorno del vaso lleno de gracia y también el de las colinas; habéis desgranado la espiga en la quietud de la tarde y cubierto la semilla en los huertos: conocéis el valle que me entregó el Señor para regocijarme.

Sois suaves peinando a un niño y finas limpiando el cristal de la copa; pero os volvéis fuertes para herir el rostro de la maldad. Mentira que porque sois leves no podéis hacer otra cosa que desangrar el verso entre los dedos. Cuando falte esta escuela o se apague el canto en el corazón, manos de mujer fuerte podaréis el árbol en el llano requemado y abriréis la tierra, que sois hijas del Dios fuerte y os refrescan sus aguas eternas.

Caéis como muertas en la hora del ensueño, y os levantáis en seguida a realizarlo con tremendo vigor.

Cuando quedéis ya por siempre segaadas, manos mías, dejaréis caer en la tierra uno a uno vuestros dedos, como otras simientes, para que de sus cales intensas se hagan las otras manos que vendrán...

LOS OJOS

OJOS humanos, mirad con ternura, pues sois como las madres de lo creado. Rozad las cosas con vuestro terciopelo ardiente, paladead como vinos los horizontes. Reflejad ardientemente el mundo, porque la belleza de la tierra pide mirarse en espejos que mantes.

No temáis el hastío, ojos humanos, que cada tarde tiene otro modo de rojez o de dulcedumbre.

Salid en las mañanas a beber la luz sobre las colinas; poned en ella las siluetas amadas; llevad a las mujeres y a los niños por el campo abierto, que sólo conocéis a los seres cuando están bañados de la luz plena.

Sed como abejas agudas que liban el mundo; descendad hacia él ávidamente; arrancadle en la mirada la recóndita dulzura.

Entrad en la casa al anochecer, cuando la última luz se ha vaciado hacia el ocaso, y abrid entonces el libro que os alumbrará con dulzura la noche ciega.

LA BOCA

BOCA suave que bebes el viento fino: devuélvelo agudo en la palabra. Pequeña boca humana, por ti se

dice el mundo que es inmenso; se dice la montaña amoratada, los juncales y las praderas.

Y tú alivias el alma de su tremenda plenitud; tú la viertes gota a gota hasta que ella queda apaciguada.

Boca mía, tejida, amasada para la verdad: dila que para eso viniste. Entrégala trenzada con la belleza cuando puedas, como se trenza la columna con el mirto; pero cuando no alcance a depurarse en tu lengua la miel de la estrofa, dila desnudamente, que si la callas pudrirán tu corazón.

LOS PIES

PIES que camináis por alcores y quebradas, avanzad amando, besad la tierra con beso ligero.

Sed vagabundos si no os fijó el destino con un hijo sobre el regazo; sed vagabundos... No os clavéis en la tierra verde, que las áridas os están llamando con otra belleza. No os encariñéis con la llanura, que las montañas os hacen señales en sus sueltas nieblas. Seguid siempre, seguid siempre.

Danzad en las praderas, sobre el rocío de las mañanas. Así danzaban hace dos mil años las plantas de David, embriagadas de la alegría de vivir. Mirad a los fakires inmóviles que están muertos, y pasad... Vosotros vais vivos como llamas.

Descansad en los hogares. Asomaos a la puerta, consultad los rostros y entrad. Conoceréis la casa de los po-

bres, os sentaréis en su duro apoyo o en el suelo desnudo; pero seguiréis. Conoceréis la alfombra del rico, y no os quedaréis gozándola mucho tiempo porque su blandura es fatal.

Heridos en la zarza de los recodos traidores, no miréis la sangre que el viento sabe orearla; sentiréis que las heridas van refrescándoos por el camino, como manojos de hierbas húmedas...

Conoce toda la tierra de Dios, extendida como muchos pétalos. Y camina desnudos de fuerza y sinceridad.

EL CUERPO HUMANO

CUERPO humano, en ti el barro es más maravilloso que en la rosa: en ti padece y canta.

Te lleva María de Nazareth, y eres entonces una sola azucena que mece el viento; te lleva Ruth por el campo y te vuelve LA GRACIA; y si te lleva Francisco de Asís, vas trémulo de alegría y alabanza.

Cuando Dios te hizo, cuerpo humano, dejó de crear; tú pasabas a ser el creador. Y te tejió después que a las otras criaturas, después de los jacintos y de los céspedes, para poner en tus contornos todas las suavidades que tiene la hierba.

Cuerpo humano, Cristo te llevó, Cristo entró en ti. Eres hondo y le hiciste conocer la henchidura de nuestro sollozo y paladar la sal que hay en las lágrimas humanas.

Gracias porque vistes mi alma, que sin ti fuese por los valles invisibles como el viento. No me la hubieran conocido mis hermanos y los niños no hubiesen jugado conmigo en la ronda que hacen, al caer la tarde, en la pradera...

(Envío de R. H. V.)

EL COFRE

Por JUANA DE IBARBOUROU

FUÉ durante su espléndido viaje de novios por Europa que un día, en Roma, Lila Hermil tuvo el capricho de que su marido, el opulento pintor Enrique Hermil, le comprase a un vendedor callejero, enjuto y alto como un fakir, que les seguía con obstinación, aquel cofre extraño y casi siniestro que, al decir del hombre, había guardado las cenizas de una hechicera asiática. Cómo había sabido él aquello, y en qué forma llegó a sus manos, no lo dijo. Pero Lila, que era fantástica y mimada, expresó en seguida su deseo:

—¡Oh, cómpramelo! Cuando yo muera me harás incinerar, y, poniendo

el cofre en tu estudio o sobre la mesa de noche, me tendrás siempre a tu lado.

A Enrique Hermil, sin saber por qué, aquel capricho le produjo un escalofrío.

—¡Qué tontería!—murmuró, dispuesto a negarse.

Pero Lila se había apasionado ya con su idea, y él, que aún no sabía el modo de contrariarla, pagó la abultada suma que pedía el enigmático vendedor, y dió orden, en una mensajería próxima, de que se lo remitieran en seguida al hotel. Esa noche la joven rehusó salir, en espera del cofre, y, cuando se lo trajeron, una extraña emoción la retuvo junto a la mesa donde lo había

depositado. Parecía fascinada, y el mismo Hermil, a pesar de su escepticismo, sentía a su vista un malestar inexplicable, casi un presentimiento siniestro y oscuro.

—¡Qué idea, Lila! Me dan ganas de tirarlo por el balcón. Parece embrujado el tal cofre. No te imaginas qué antipática encuentro esa cara de dios, o de ídolo, o no sé qué, esculpida en la tapa. Parece un rostro vivo lleno de malignidad. ¿Quieres que lo arrojemos a la calle?

Ella estalló en una risa cristalina.

—¡Enrique, Enrique! Se diría que estás impresionado, y que temes que me muera y que, de veras, piensas en el momento de hacerme cenizas para encerrarme en él. ¡Oh, querido! ¡Cuánta gracia me hace verte así!

Y pasaba su mano blanca, pequeña y pálida, por la tapa del cofre. Pero de repente se detuvo sorprendida.

—¡Oh! ¡Me ha pinchado!—dijo.

Una gruesa gota de sangre asomaba en la yema de su dedo anular. El, disgustado, la llevó rápidamente hasta el lavabo y, luego de obligarla a detener la mano bajo el agua, durante unos minutos, se la examinó con cuidado.

—¡Qué raro!—balbuceó.—Parece más bien una mordedura.

En efecto, eran señales como de dientes pequeños y agudos las cinco manchitas de un rojo oscuro que, en la sonrosada yema, formaban un pequeño círculo alargado y violáceo.

—¿Te duele?—preguntó él.

Pero ella, sin responder, muy pálida, se dirigió a la mesa y, tomando el cofre, se puso a examinarlo con cuidado. De pronto dió un grito:

—¡Enrique!

El se aproximó, asustado, y se volvió tan pálido como ella. Entre los labios apretados del siniestro rostro de ídolo esculpido en la tapa vió una línea roja.

—¡Sangre!—dijo ella con voz tenue como un hilo.

Hermil, rápidamente, pasó el pañuelo por la cara siniestra y lo sacó teñido de escarlata.

—¡Sangre!—murmuró a su vez como atontado.

Pero, reaccionando rápidamente, gritó:

—¡Ponte el sombrero! ¡Rápido! Vamos a una farmacia.

Y, como loco, sin esperar a que ella cumpliera su orden, abrió la puerta y la empujó hacia el ascensor, mientras por su cabeza, con rapidez cinematográfica, desfilaban cuentos y lecturas sobre casos tremendos y fantásticos de objetos hechizados y ocultos, resortes ponzoñosos.

—¡Enrique! ¿Qué crees? ¡Dios mío! El ídolo me mordió. Me moriré, Enrique; me moriré, ahora que soy tan feliz.

El, más sereno ya, procuraba calmarla.

—No te asustes, tonta. No ha de ser nada; si no, ya habrías sentido algo. Pero es bueno cauterizarte eso inmediatamente. Conforme lleguemos al hotel, tiraremos a la calle el maldito cofre, ¿eh?

Pero ella, calmado el miedo, murmuró, obstinada:

—Si me muero, guarda en él mis cenizas.

—¡Qué idea!—gritó Hermil, encolerizado. Pareces hechizada por esa extravagante caja. ¡Cuánto me pesa haber accedido a tu capricho!

El farmacéutico examinó la mano, y, al explicarle el pintor el caso, expresó el temor de que el cofre tuviera algún resorte secreto y envenenado.

—El carácter de la picadura no es bueno—dijo.—Ya ve cómo toda la yema del dedo está violácea, y eso acusa un principio de descomposición en la sangre. Por las dudas, vea un médico en seguida.

Y les dió la dirección de uno que vivía cerca de la farmacia. Lila, más serena ya, reía. Pero Hermil no estaba tranquilo.

—Estas cosas misteriosas me disgustan. ¿No sientes nada?

—No. Sólo que tengo un sueño...

Estremecido, volvió él a interrogar:

—¿Mucho?

Y ella replicó:

—Toma un automóvil y llévame al hotel. Me duermo de pie.

Y ensayó sonreír. Llegaban ya a casa del médico, y él subió la escalera con la joven casi en los brazos, sin fuerzas y semidormida. Y de pronto, en los últimos tramos, sintió que, cerrando los ojos, decía con voz leve:

—¡Qué raro! Veo el rostro del dios

del cofre inclinado hacia mí... Si me muero... haz lo que te dije... Es preciso...

Cuando, enloquecido, el llamó a la puerta del consultorio, Lila Hermil no vivía ya. El médico extendió el certificado como que había muerto de una picadura ponzoñosa. Pero el análisis químico de la sangre no acusó la presencia de ningún veneno conocido, y el examen del cofre, por peritos mecánicos y cinceladores, no dió tampoco la clave del enigma. Toda la prensa se ocupó apasionadamente del hecho. Hasta una acusación terrible pesó sobre Hermil, pero, ante su desesperación y la imposibilidad de acusarlo sin pruebas, lo pusieron en libertad. Pronto ya para regresar a América, consiguió (el poder del oro es enorme) que le fuera devuelto el cofre, del cual se habían incantado los jueces, y que le permitieran, poco después, incinerar el cuerpo de su mujer. Y dicen que en su estudio, sobre una mesa de ébano, guarda sus cenizas en el cofre misterioso y terrible. De vez en cuando tiene la complacencia dolorosa de abrirlo y hundir sus dedos en el polvo gris y fino que lo llena, lo único que le queda ya del cuerpo joven y blanco, de la linda y amada criatura que fué Lila Hermil. Le parece que así ella se sentirá acariciada y, a su contacto, una sensación de dulzura recorrerá la ceniza. Enrique Hermil se ha hecho un misántropo dado a las ciencias ocultas, y de gallardo y joven que era, ha quedado convertido en un viejo encorvado y ceñudo.

Y dicen también que, con esperanza siniestra, pasa frecuentemente su pálida mano por la tapa del cofre. Pero el ídolo no ha querido morderlo aún...

(La Nación, Buenos Aires).

América y el Maestro

POR OMAR DENGO

—EL MAESTRO.—¡Madre América, madre en esperanza de un porvenir cuya eclosión es un designio cósmico, en el cual se concentran, como savias de siglos, los ideales de las civilizaciones para alcanzar a ser luz y redención un día en la hazaña de una nueva humanidad!

¡Madre que llegaste al mundo cuando ya no era tiempo de oír de Sus labios el Sermón de la Montaña, y que por ello merecerías que Jesús lo volviese a decir desde los Andes, magnificándolo!

¡Madre, he aquí que bulle en mi espíritu una profunda gestación de superiores ansiedades y que, incitándome a crear, me mueve a pedirte

una enseñanza para el destino de tus hijos...

¡Venga de ti la palabra reveladora! ¡Díjala tu voz, el maestro la interprete y el niño la comprenda, y juntos pongamos amor y reverencia en ella, a fin de que nos guíe hacia el maravilloso advenimiento!

¡Habla, América, como cuando respondiste con tu voz de rocas al grito del nauta que te llamaba a detener las olas en el camino de un viaje inmortal!

—AMÉRICA.—¿Quién invoca mi nombre? «Tierra», oí decir aquella mañana; ahora oigo decir «Luz», ¿quién me llama?

—EL MAESTRO.—¡El Maestro!

—AMÉRICA.—¡Habla, pues...!

—EL MAESTRO.—¿De dónde viene tu fuerza?

—AMÉRICA.—Ella ruge en los labios de Guatimozin cuando, hecha ascua su carne de cobre, exclama: «¿Créis acaso que estoy en un lecho de rosas?»

—EL MAESTRO.—¿De dónde tu luz?

—AMÉRICA.—¡Encendióla Sarmiento!

—EL MAESTRO.—¿Quién te dió el sentido de la Libertad?

—AMÉRICA.—¡Bolívar!

—EL MAESTRO.—¿Qué amaste en él, la espada o el verbo?

—AMÉRICA.—¡La espada era llama cuando la palabra era acero!

—EL MAESTRO.—¿En qué lengua oras por tus hijos?

—AMÉRICA.—¡En la de Cervantes, divina!

—EL MAESTRO.—¿Quién te habló en ella más delicadamente?

—AMÉRICA.—¡Darío!

—EL MAESTRO.—¿Quién soñó tu porvenir con mayor grandeza?

—AMÉRICA.—¡Martí!

—EL MAESTRO.—¿Algo te inquieta, madre América?

—AMÉRICA.—El Norte...

—EL MAESTRO.—¿Qué ves?

—AMÉRICA.—Una vasta sombra...

—EL MAESTRO.—¿Algo te conforta?

—AMÉRICA.—El Norte...

—EL MAESTRO.—¿Qué ves?

—AMÉRICA.—¡La sombra de Jorge Washington!

—EL MAESTRO.—¿Qué escuchas?

—AMÉRICA.—¡La voz de Emerson!

—EL MAESTRO.—¿Y hacia el Sur?

—AMÉRICA.—¡Un potente vuelo de cóndores!

—EL MAESTRO.—¿Qué esperas de tus hijos?

—AMÉRICA.—¡Piedra y metal para la Historia!

—EL MAESTRO.—¿Mármol y bronce?

—AMÉRICA.—¡No! Hay lava para cuajar héroes; hay bronce y hierro para coraza y espada; águilas y serpientes para decorar escudos; quetzales para empenachar cascos; pampas trepidantes al galope del potro; jaguares y pumas para cortejo de la victoria y collares de esmeralda para encadenar cautivos; pero el mundo aguarda de mí el cumplimiento de otra misión... Quiero mármoles blandos como olas para erigir altas columnas y bronces sonoros como olas para fundir fuertes campanas.

El Parthenón, coronado de olímpica majestad, debe erguirse otra vez ante el mundo, cual gloriosa piedra miliaria que señalara entre el tumulto de las civilizaciones decadentes, la nueva senda de los dioses... Debe aparecer con la albura de una hostia que la misma naturaleza alzara sobre el dolor de los hombres!

—EL MAESTRO.—¿El viejo Parthenón?

—AMÉRICA.—No el de la ruina sino el de los astros. Por eso, de mármol, que ya debe de atesorar—fruto de la meditación de la tierra dolorida—el secreto de una vida superior.

—EL MAESTRO.—¿Y las campanas?

—AMÉRICA.—Ellas dirán el nuevo Evangelio, resumiendo en el corazón del bronce todas las voces vírgenes y múltiples de mis selvas. Y su plegaria transfundirá el verbo de mi estirpe en la conciencia de la paz; y ésta será ennoblecida hasta transformarse en expresión de la suprema justicia. Y mis ciudades se poblarán de profetas, y en mis desiertos arraigarán, enma-

rañándose, las arterias de la vida, y mis bosques florecerán en resplandores y mis ríos y mis mares se colmarán de naves...

—EL MAESTRO.—¿Y tus hombres?

—AMÉRICA.—Ellos serán algo nuevo y único en el mundo: illos hijos de América!

—EL MAESTRO.—¿Y si surgiera en el Norte la tempestad?

—AMÉRICA.—¡Entonces, oh gesta de mi raza, plumas imperiales de mis Caciques, talla de Atahualpa!, entonces, por mi Raza hablará el Espíritu... y confío en que sería tal la expresión de mi destino, que aquello que pudo parecer una tempestad en el Norte, fuera una aurora infinita sobre la génesis de otra Humanidad!

Octubre 12, 1922.

Exhortación

del señor Director de la Escuela Normal de Costa Rica; en la Fiesta de la Raza y de los Graduados de la Escuela, mañana del 12 de octubre de 1922.

Señores:

EN nombre de la Escuela saludo atentamente a las altas autoridades de la Nación y a los señores representantes de otras naciones que se han dignado asistir a este acto.

Y, recogiendo el eco de la materna ternura, saludo a los hijos de la Escuela que retornan, ostentando laureles, a la casa solariega en cuyo santuario un día se les armó caballeros.

Conforta a la Escuela la presencia de sus hijos. Cual si la estrella del estandarte hubiese cobrado vida, las aulas están llenas de la luz que fluye de la renovada promesa de fidelidad. Cada año a la llegada de los hijos ausentes se repite el milagro, que parece ya sentir avidez de que una leyenda, apoderándose de su secreto, lo dé a conocer, en poesía y símbolo, como suceso de los más significativos y bellos en la vida de la juventud costarricense. Y así es. Trátase de un convivio anual en que los jóvenes se congregan a crear y a soñar, porque renuevan promesas y porque las formulan, porque reviven entusiasmos y los magnifican. ¡Nobilísimas funciones! Decía Lugones que abstraer es poner espíritu y quitar materia. Soñar y crear, aspectos superiores de la abstracción, es quitar pasado y poner futuro y quitar sombra y poner fulgor.

Permitidme que recuerde con brevedad el historial de esta fiesta. Celebrase la vez primera en abril de 1917, a pedido del señor García Monge, entonces Director de la Escuela, para conmemorar su inauguración, ocurrida en 1915. Los Graduados trajeron al festival su ofrenda y así, al año siguiente, ya había adquirido un nuevo

significado: tras recordar el día de la Escuela, comportaba un homenaje a los Graduados. Pero tal segunda celebración fué en cierto modo trágica. Coincidió con la fecha en que la destitución del señor García agraviaba hondamente a la Escuela. Los Graduados llegaron otra vez con su ofrenda, a encontrar a la madre conmovida en los hondones luminosos de su ser por un dolor profundo. Se alejaron, y el otro año no vinieron, y no pudo ser que volvieran sino cuando, a fines de 1919, el actual régimen de la Institución, entonces iniciado, declaró, con amor y por lealtad, que se acogía al destello protector de los antiguos blasones de la casa. Y ellos son los que ahora presiden la vida de la Escuela y amparan su laboriosa inquietud: el cuartel azul donde se dis- tiende fulgente la esperanza de los jóvenes, fragmento de bandera y de cielo patrios; y la estrella blanca, donde una heráldica que no será de la historia, pero sí del corazón, reseña los más elevados orientes del espíritu. En 1919, pues, la fiesta se celebró, como luego, el 12 de octubre, a la verdad sin que se hubiese pensado en asociar los símbolos. La fecha surgió a ofrecerse oportuna, como América en el camino de Colón. Y si de aquel encuentro en el océano,—un barco y un mundo,—se encendieron glorias y se originó el proceso de una civilización, acaso llegue a ser que de este otro encuentro de una juventud y un día, nazcan las hazañas con que las generaciones descubren y determinan, expresándolo, el destino de las razas. Pero entendamos que raza, como civilización, no es desatada legión de

odios, sino camino de fraternidad. Tal es el concepto que contemplamos aclararse en la afirmación de las voces privilegiadas del Continente. Y en el mensaje que Gabriela Mistral lleva a Méjico, la lira, más que exaltar futuras epopeyas, sin renunciarlas, anuncia dulces evangelios.

Atraer la juventud a la Escuela, año tras año, fomentar la devoción y esclarecer la fe, era poner en marcha una gran fuerza, pero convocarla alrededor de un suceso pleno de las más hermosas síntesis de la historia, ya es ofrecerle a aquella fuerza un cauce extenso, una orientación firme y un ideal definido. Con lo que de solo fuerza que era, tempestad quizás, ahora asciende a ser creación. Y si la tempestad sigue alentando en ella, ya no será para deshacerse en estruendo, sino para acumular en la entraña del país, donde férreas canteras resguardan la savia del Continente, un vigoroso impulso de perfección. Atada la juventud a tal ensueño, al contrario de la suerte de Prometeo, la roca habrá sido encadenada al espíritu. Y cuando la juventud cobre alas y las agite, la roca se tornará alada, y el vuelo la convertirá en astro. Así, quizás, en la aventura de Clavileño, Sancho alcanza a sentirse Quijote y puede parecerle que un caballo de madera arrastra las crines resplandecientes de Pegaso.

Tres diversos días confunden su aurora en esta mañana de fiesta: el de la Escuela, el de los Graduados, el de la Raza. Los tres de rememoración, de esperanza y de promesa. Los tres de acción y de concordia. ¡Velas, oleajes, huracanes; recuerdo íntimo del aula, la palabra del maestro, la primera lección, el amor del compañero, la lámpara y el libro; caciques y hogueras, corceles y armaduras, Cortés y Moctezuma; la Reina magnánima y el indio rebelde, el Libertador y el Apóstol...! Y es un vasto y tumultuoso desfile de imágenes, de toda forma y todo matiz, discurriendo las unas por las sendas secretas del corazón, precisándose otras en la lejanía anochecida del tiempo, imágenes estremecidas de emoción, arrebatadas por la ansiedad de condensarse en aquello que es por sobre todo majestuoso y potente: la idea! Concítalas el amor de la juventud, como atrae el germen a las fuerzas subterráneas en que fluye la selva cuando todavía es átomo. Y una juventud que se agrupa a solicitud de una idea, es digna de que si ésta no existe, brote del ámbito y le corone de rosas la cabellera. Demos de nuestro espíritu, señores, una ansia siquiera de perfección, para que los contornos de esta hora se inunden, como de fragancia, de estímulos creadores!

Vosotros, los hombres que estáis hoy a la sombra de esta juventud, reflexio-

nad que el acto sugiere mayor trascendencia que una fiesta. Hay agrupados aquí jóvenes procedentes de muchos lugares del país, así entre los bienvenidos, como entre quienes los reciben con arcos; jóvenes que concurren a la fundación de la Escuela y entonaron por la vez primera su himno, y jóvenes que no han cumplido un año todavía de ejercer el magisterio; algunos traen algo maravilloso en los brazos: el hijo. La evocación de la raza progenitora se hace, pues, poniendo a vibrar la misma solidaridad que la hermana y que es, en lo esencial, el mismo don de armonía que une, en pensamiento y virtud, a todos los hombres. Pensad, por consecuencia, que la actitud espiritual aquí manifiesta, atesora fecundos augurios de gestión cívica para la vida posterior del país! los cuales, vinculados al desenvolvimiento de altas empresas nacionales, pueden engendrar vivas realidades,—y hermosas,—dentro de una máxima aspiración continental.

Jóvenes hay aquí, antiguos alumnos de la casa, desconocidos de los actuales alumnos y para quienes éstos son también desconocidos. Sin embargo, como son hermanos, reúnelos cordialmente la obra común. Mas lo importante es que esto que los reúne—precisa insistir en ello—invisible lazo de luz; esto que los invita, inasible a tracción; esto de que se les habla, cosa sutil..., presuponen, en realidad, la presencia de aquellos incentivos genitores bajo cuya presión se plasman la conciencia y la misión de un país.

Confirmándolo, veréis que en la sesión de trabajo dedicada a los Graduados, después de la fiesta, los actuales alumnos tendrán proposiciones que hacerles, fruto de su iniciativa y cooperación. Desde que recordaron la fecha, proyectaron dedicar algunas horas de este día a la elaboración de nobles propósitos. Suponiendo que con ser ello una nueva forma de labor de la

Escuela, fuera, no obstante, algo baladí, o que faltos de vigor los ensayos, fracasasen de esta vez, siempre entrañarían un anhelo, una capacidad y un entusiasmo de acción, que para los hombres, y especialmente para los directores de un país, deben ser motivo predilecto de cuidado.

La Escuela se transforma de esta manera, cada vez más, de académica casa de enseñanza, en activa fundación social. Anticípase así, en armonía con la mente de los tiempos, a realizar la gestación, ya impostergable, de las horas pródigamente laboriosas en que la educación de los jóvenes, obra de ellos mismos, libertada de la garra de todo dogmatismo, se abra, en medio de un íntimo y multiforme contacto con las necesidades del país, como un haz de arterias vivificadoras, palpitantes de ideal y de dinámica voluntad de creación. Si, además, se piensa que esta es una Escuela Normal, matriz de cultura y de opinión pública, por su fin; seminario de justicia y libertad, por su esperanza; la única institución docente de carácter nacional, por la ley; la más pobre, por la condición, a veces misérrima, de sus alumnos; concíbese entonces imperiosa la necesidad de apoyar eficazmente a esta juventud. Ampliarle la oportunidad, es lo que falta, en suma. Darle mármol para la obra que intenta en arcilla.

Admirable campo de siembra, poblado de surcos sedientos, son los jóvenes, cuando la escuela es capaz de provocar la eclosión de sus devociones y de sustraerlas al arraigo en la tierra estéril del pesimismo. Pero si la institución carece de vitalidad para adaptarse a las necesidades de un creciente afán de realidad y fuerza, entonces sólo logrará servir de tránsito para que los nuevos jóvenes extravíen la ruta, y vayan, como las generaciones vencidas, a acrecentar la sórdida miseria de espíritu que al cabo va devorando los cimientos de la república. La Fiesta de la Raza, señores, interpretaría a maravilla las intuiciones de la raza, si contribuyera a fortalecer e iluminar la conciencia de los deberes que nos reclaman las preocupaciones juveniles. Ellas están consagradas a ser, de preferencia en los maestros, el instrumento de expresión, en las visiones de la historia, de los dones del espíritu humano, en lo que tienen de eterno. No hay problema del país que se pueda resolver sabiamente en ausencia de la capacitación de la juventud.

Estoy seguro de que si pensáramos en convertir la Escuela, por medio de los jóvenes, en una síntesis fundamental de los hálitos de grandeza del país, y así del Continente, aquella síntesis se produciría no muy tarde, con la rutilante belleza de la roca que, acumulando energías, florece en esme-

A LOS AGENTES Y SUSCRITORES DE PROVINCIAS

En lo sucesivo sírvanse remitirme *invariablemente* los fondos bajo *cubierta certificada* o en forma de *giro postal*; que sin ello, suelen perderse.

El costo del certificado, o del giro, lo incluirán en la suma que me remitan.

El Editor del REPERTORIO

ralda. Y si del Sur y del Centro y del Norte llegaran, revestidos de idea, los mensajes de la raza, la cultura del país, acopiando sutiles influencias y acentuando sus naturales corrientes de progreso, llegaría a ser en hora propicia, en mitad del continente, robusto estandarte de la Raza.

Pero antes importa, y es urgente, que en todos estos países hermanos, como algunos ya lo hacen, descubramos, a plena convicción, el continente interno: la juventud. Hay que determinar su trascendente significación, dándole oportunidad de revelarse. Ponerla a servir a los intereses permanentes de su vida, es todo el secreto. Lanzarla a buscar doctrinas y símbolos de grandeza, en una aula de trabajo, y en redentora profusión. Suscitar en ella el despertar de alborada, en mitad de la naturaleza, de aquellos ojos escrutadores del destino humano. Todo ello corresponde a la misión de las escuelas. No son ni las primarias, ni las secundarias, ni las normales, como entiende el vulgo, ilustrado o ignaro, mecanismos que deban juzgarse por razón del gasto que al Estado le demanden. Son grandes laboratorios consagrados a transformar las fuerzas oscuras, en aptitud de la muchedumbre para la vida civilizada.

Goethe, en el *Wilhelm Meister*, idealiza el concepto de la educación radicándolo en el respeto de sí mismo, noción de reverencia más elevada y comprensiva que la de honor. Pues bien, refutar la conveniencia de la escuela, en todas sus formas, por mala que sea, es renunciar al propio respeto, discutir la majestad de la dignidad del hombre y, tratándose de la sociedad, simplemente discutir su derecho a ocupar un puesto en la civilización.

En América la escuela confronta una tarea caupolicánica: la de tender, enclavados en el Ande, erguidos como la lanza del Quijote, amamantados de gloria por los senos de dos océanos, los sillares de una civilización nueva y mejor. Al evocarla, recordemos que el genio de la raza sentirá traicionada su virtud mesiánica, mientras las escorias de una ruina le brindan sustento a los despotismos, propios y extraños, de que América se avergüenza!

.....
.....
Pero estábamos en mirar este espectáculo. Imaginadlo a la distancia de cincuenta años, cuando la juventud que la Escuela entrega haya crecido siquiera en diez veces. Habrá aquí entonces más de mil jóvenes, tal vez dos mil. Muchos serán ya ancianos, acaso algunos habrán sido estadistas o sabios, héroes o poetas, o habrán ennoblecido la religión de Sarmiento,—la

escuela,—o llegado a ser, por otro modo, ciudadanos eminentes. En todos los confines del país, estará visible la acción de esas manos, que el cielo proteja.

Volverán a su *Alma Mater*, una vez más, a buscar al hermano, niño todavía, que deba reemplazarlos en el culto del Hombre. Otros, ya estaremos más allá de la sombra. Si alguien nos re-

cordara en aquella gran fiesta ¿qué diría de nuestras actuales responsabilidades?

Proponeos, ¡oh jóvenes! llegar con nobleza a aquella cumbre de cincuenta años...

Y los que ya no podamos alcanzarla, procuremos entrar a la sombra seguidos de un bello resplandor...

OMAR DENGÓ.

La escuela de Darmstadt

POR FRANCISCO GARCIA CALDERON

Es la escuela de la Sabiduría. Ha confesado, al fundarla, su noble ambición el conde Hermann Keyserling. Más que la ciencia o la especulación filosófica le interesan grados superiores en la ascendente escala del conocimiento, la iniciación en misteriosos problemas para los cuales no ofrece la inteligencia de los hombres adecuada solución. Reune, en torno suyo, a almas nuevas, forma libres profesores que predicarán la buena doctrina. El gran duque de Hesse, señor destronado por los demagogos imperantes, ha aceptado la presidencia de honor de la escuela y ha ofrecido un palacio para los claros escarceos.

En Darmstadt queda establecida esta curiosa Universidad abierta a todas las gentes; esta Academia, como las del Renacimiento, en la cual discurren espíritus ajenos a toda escolástica, con apostólica unción, sobre los problemas trascendentales de la hora presente. Anualmente, en semanas escogidas con acierto, acuden de todas partes a la ciudad dilecta benévolos auditores, discípulos de mañana y rodean a Keyserling. El profesor socrático conversa con ellos; asiste, sin ejercer presión, sin imponer rígidos preceptos, a su desarrollo espiritual, espía la dulce transformación acuciada y deja que se derramen luego por el mundo los apóstoles precursores de una nueva edad.

La Escuela se limita a ajustar ideas, a poner íntima paz en las mentes desorbitadas. Keyserling sugiere, anima, congrega. Nació en la costa báltica, en el seno de una fuerte aristocracia y se instala en la Alemania caediza para curar sus males como hombre de Dios. No se nutre el profeta con miel salvaje ni dirige a las turbas trémulas graves admoniciones. Aspira a ser vidente como los remotos yoguís. Observa la esperanza y la vida de Alemania y enseña que sólo la salvará una revolución espiritual. De adentro, del alma secreta, avigorada después de melancólica «*Sehnsucht*», puede venir la regeneración. El Imperio se enfeudó a exteriores grandezas, profesó el culto

peligroso de la Fuerza. Bajo la autoridad de un gobierno imprevisor, renunció la Nación alemana a su genuina vocación. ¿Cuál es la verdadera misión del pueblo que se empeñara en rivalizar con grandes Estados conquistadores, con razas ávidas de espacio y de poder? No la preeminencia en el orden terrestre sino una función distinta, superior, espiritual.

En un libro, «*Diario de viaje de un filósofo*», reveló el conde Keyserling sus dotes de pensador que desconfía de cerrados sistemas. Visitó en la India a los ascetas, estudió antiguas y sutiles doctrinas de Oriente, recorrió, sin premura y con amor, el Japón y la China, estableciendo entre las civilizaciones de Asia y de Occidente constante parangón. Sin duda ilustres precursores, como Schopenhauer, como Paul Deussen, aspiraron, antes que él, a transformar nuestra cultura superficial con la lección suprema de sagrados maestros y añejos cánones. Una pasión intelectual los llevó hacia el Oriente enigmático. Keyserling fué más bien libre viandante en busca de impresiones e inspiraciones. Observaba, anotaba, estudiaba sin someter sus conclusiones al compás de una estrecha teoría.

En Ceylán, la isla ubérrima, le atraen los diversos aspectos del budismo. Comprendió allí la posición espiritual del hombre que, agobiado por tumultuosas y ricas apariencias, aspira a la paz del ser absoluto, a la unidad. El color, la abundancia, la vida pululante, la «irracionalidad» de la India encantan al turista filósofo. No reniega de Europa, pero la juzga. No son desdeñables ciertamente la acción intensa, la conquista de riquezas y fuerzas materiales: entre los yoguís, hombres del conocimiento, residen, sin embargo, la perfección y la plenitud. Debemos aprender de los orientales la excelencia de la concentración y la meditación, la virtud de una continua introspección. Con ellos nos sumergimos en la vida profunda mientras que los maestros de Occi-

dente, Bergson y Eucken, nos enseñan que el yo especial adecuado a las necesidades de la existencia material se opone a que seamos «interiores» como quería la Imitación, y que el más doloroso esfuerzo humano apenas llega a abrirnos las rutas del Espíritu.

Al lado de los contemplativos, de los ascetas, describe el viajero, como contraste, a los mahometanos de la India, en estrecha y personal relación con Dios, calvinistas del Asia, soldados de una fe expansiva, seguros de su terrestre función. Representan la cultura exótica en un mundo soñoliento, la fe de razas ásperas y activas.

En la China sorprenden al filósofo la moralidad difusa y profunda, la paz social, acuerdo práctico de las clases en una gran democracia agrícola. Tal estado se explica porque Confucio se dirigió a las masas y penetraron en el espíritu popular sus máximas precisas y razonables. El Cristianismo sólo en apariencia conquistó a la multitud. Y así se hallan menos extendidas en Occidente las virtudes necesarias a la convivencia y dominan el egoísmo y el instinto en repentinas y turbias explosiones. El viajero topa con menor originalidad en el Japón. La isla guerrera imita, asimila, pero no rivaliza en poder creador con la China y la India. Es una suerte de fuerza romana; práctica y conquistadora en el Asia meditativa.

Con esta experiencia de pueblos y religiones vuelve a Europa el maestro. Se propone espiritualizar a su patria de elección, Alemania; plasmarla para la vida nueva, liberalizarla, y, ante todo, definir la verdadera misión de la gente germánica. Su acción crece, se precisa su influencia, la Escuela publica libros animados de la misma fe y llega al extranjero este noble mensaje.

Alemania es el más impolítico de los pueblos de Europa, si se permite la expresión en que manifiesta Keyserling su desencanto. Por eso endiosaron al Estado sus pensadores y sus estadistas. La apoteosis traduce la flaqueza de la Nación, la esencial inferioridad de un grupo humano incapaz de dominar largamente como el pueblo inglés. Si feneció el Imperio guillermino, si decaeció la imponente fábrica bismarckiana en manos de un príncipe loco, fué precisamente porque faltaba a los germanos, dice el filósofo, la voluntad de prepotencia.

Tal vez acierta en esta opinión el fundador de la Academia de Darmstadt. Sólo con hierro y sangre se conquistó la unidad y el canciller Bülow notó en su pueblo la tendencia pertinaz al particularismo y a la división. La fuerza militar que asombró al mundo cubría la interior flaqueza. La guerra contra el mundo parece el

supremo esfuerzo para mantener unidas provincias que se disgregan fácilmente. El patriotismo alemán que no existía en tiempos de Lessing y del cosmopolitismo, se reduce, según Keyserling, a un sentimiento de orgullo cultural, a un amor, parecido al de los chinos, al hogar tedesco.

Alemania carece de vocación imperial. Es, por excelencia, pueblo de pequeños burgueses, de multitudes trabajadoras y sumisas. Prusia los levanta de su vida obscura y les infunde la pasión del dominio. El conde olvida las virtudes guerreras que observaba Tácito en los germanos, las invasiones, el destructor nomadismo y elogia solamente la tenacidad, la disciplina y la eficiencia.

Viene para Europa una nueva edad, un «novus ordo». La política y el Imperio pasarán a ser preocupaciones secundarias de las sociedades. «Primum vivere.» Los problemas sociales, la organización de las fuerzas vivas de la Nación, la justicia en las relaciones de las clases y de las agrupaciones, impondrán a los estadistas la más atenta vigilancia. Y precisamente, en esta próxima era, ningún pueblo podrá disputar a la Nación vencida el privilegio de la dirección. Ya, bajo la máscara del régimen militar y feudal, era República social. Keyserling y Spengler descubren en el prusianismo una especie de anticipado socialismo de gobierno. Ha fracasado el reino temido, pero, de las ruinas, surgirá su espíritu. Y en esa fase socialista que sucede al período liberal y democrático, servirá Alemania de modelo a todos los pueblos. ¿Quién la supera en capacidad para organizar, en sentido de la autoridad, en sensatez, habilidad y solidez? No será ya «factor de fuerza» en la tierra—creo que anhela el filósofo esa transmutación—la dispersarán sus enemigos como a los israelitas; nadie la privará, sin embargo, de su divina misión. Según la enseñanza de Cristo, no disponen de «profunda fuerza histórica» los Estados en que predomina el sentido de la

tierra. Tal el caso de la Alemania espiritual. Si renuncia a ilusiva preeminencia en el mundo, después de la humillación y del vencimiento, será amada y exaltada.

El vidente de Darmstadt no explica cuáles serán las formas del futuro régimen social. En su último libro desconfía del marxismo puro que extiende por las soledades rusas el caos y la muerte, critica al sindicalismo francés en lo que tiene de hostil al autónomo desarrollo individual, antedice que se amenguará el Estado nacional y que la economía y la finanza de los pueblos, salvando o derribando fronteras, crearán vinculaciones supernacionales. Parece que el ideal sajón, la tentativa de los fabianos de desarrollar los gremios, «guilds», dentro de flexibles cuadros políticos, satisfaría su íntima ambición. De su escuela se levanta la clara imagen de una Alemania organizadora y pacífica, modesta, justa y laboriosa, sin prusianismo que la inficione, sin imperialismo que conspire contra la paz del mundo.

También Fichte, después de Jena, se dirigió, en graves discursos, a la Nación vencida y dividida; y oponía el destino del pueblo puro, del pueblo eterno a la vida inferior de la gente romántica. Un agresivo optimismo, consideraciones de inmortalidad para la raza a despecho de la miseria y de la tristeza circunstantes surgieron de su enseñanza. Keyserling no se alivia como el profeta de la restauración alemana. El conde Westarp, corifeo de los nacionalistas, ha condenado sus libros que son, según él, opio que enerva el vigor tedesco. Y es que en Darmstadt se prepara una reforma fuera del Estado y de sus ambiciones, allí se define el sentido de la derrota y se ponen las bases de una nueva esperanza. Ominando días mejores, maestro y discípulos anuncian la epifanía del Espíritu.

París, Julio de 1922.

(La Nación. Buenos Aires).

El lacayo de Duras

POR E. TORRALVA BECI

EN aquellos tiempos tan abundantes en historia, tan llenos de interés, que precedieron al reinado de Luis XIV, tiempos que tienen todo el misterio de un crepúsculo—el crepúsculo del rey Sol—, ocurrió en Francia un episodio oscuro, en el que apenas han parado su atención los historiadores. Y que es, sin embargo, la pintura más perfecta de una época. ¿De

una época sólo? ¿De todas las épocas de la vida del mundo? Nada más humano que lo inhumano. Yo he reflexionado muchas veces sobre este oscuro episodio, y de la víctima de él he hecho un héroe en mi imaginación, lleno de un valor filosófico superior al de los más grandes capitanes, los más hábiles políticos y los más traviesos intrigantes de su tiempo,

tan pródigo en todas estas calamidades. Este héroe, del que ni siquiera el nombre se sabe, era simplemente un lacayo.

Vais a decir: he aquí Ruy Blas... Nada de eso. Este lacayo era más obscuro que Ruy Blas. No se enamoró de una reina, no se envenenó, no presidió a los ministros, no llevó un nombre que no era el suyo. Era un lacayo que no se distinguió jamás por nada. No se le pueden atribuir grandes virtudes cívicas, rasgos de grandeza, heroísmos, sublimidades. Ni siquiera crímenes. Un caso desesperante para el que quisiera llevar su personalidad borrada al libro o al drama. Habría que crear todo el personaje. Con lo que se habría disipado toda la importancia que el episodio en que este personaje intervino tiene para la meditación provechosa.

Lo cuenta sobriamente en sus «Memorias» la duquesa de Nemours. Sucedió el hecho durante la regencia de Ana de Austria, madre de Luis XIV. Ardía la corte en intrigas. Y se habían concentrado los odios sobre el príncipe de Condé. Mazarino deseaba perderle; pero necesitaba contar con la Fronda. Para indisponer con ésta al príncipe discurrió una trama diabólica: hacerle creer que los frondistas habían tramado su asesinato. Una tarde en que el príncipe de Condé hacía su diaria visita al Palacio real, Mazarino le dió el aviso de que aquella noche, al volver a su casa, le iban a asesinar. Servieu, criatura de Mazarino, llegó a poco, y dijo lo mismo al príncipe, como si no supiera que lo sabía ya. Y se aconsejó a Condé que, para comprobar la veracidad de aquellas confidencias, enviara su coche a casa con otra persona dentro. Así se cumplió. «Se hizo entrar—cuenta la duquesa de Nemours—un lacayo de Duras en la carroza, y se pretende que desde la plaza Dauphin se hizo un disparo, del que fué muerto aquel lacayo».

Y nada más se sabe de él. Nadie se ha preocupado nunca de reivindicar su memoria. Todos han encontrado muy natural que se probara en un lacayo cómo podría haber muerto un príncipe. Un lacayo no tiene más valor que el que tiene un conejo de Indias para un médico que hace experimentos científicos.

Sin embargo, aquel siglo es glorioso para la civilización de Francia, según los apologistas de la barbarie. Pero ¿no grita la conciencia que un siglo que hace este experimento con un ser humano no es un siglo glorioso? Todas las conquistas y todos los éxitos de los personajes que intervinieron en este crimen execrable no ponen su átomo de gloria en sus aureolas que no quede borrado, ennegrecido, disi-

pado por esta acción sin nombre. Y no es verdad que la moral de la época autorizara actos de esta especie. Ya entonces se habían extendido por toda la tierra los preceptos de los Evangelios, y todos sabían en los salones del real Palacio y en los establos, que un príncipe y un lacayo son seres humanos iguales ante la absoluta desnudez de la muerte.

Aquel lacayo tendría una mujer, a la que quizá golpearía cuando estaba borracho, como haría con sus queridas el conde de Beaufort, pero a la que amaría, así y todo. Tendría unos hijos que le besarían cuando volvía a su casa. Su vida tendría alguna finalidad, tendría algún sentido... Lo mismo le pasaría al príncipe de Condé, y a Mazarino, y a Servieu... ¿Por qué habría de ser aquel lacayo el que muriera, y no Servieu, o Mazarino, o el príncipe?...

Es horrible, verdaderamente, el asesinato del pobre lacayo. Pero no todos tienen derecho a horrorizarse. Los lacayos que mueren para probar si se quería asesinar al príncipe son infinitos todavía hoy, en el siglo de los más admirables progresos de la ciencia y de las más arriesgadas exploraciones en los misterios del espíritu humano. ¡Cuántos hombres que están cayendo en la lucha no son sino pobres lacayos, a los que la intriga y la sequedad de alma y el desamor a los hombres ha metido en el coche de algún príncipe de Condé! Y los infelices a quienes el hambre mata, y los desgraciados a quienes las inclemencias de la sociedad degeneran y desnaturalizan, y todas las víctimas, la pirámide espantosa de víctimas, que clava ya en los cielos su cúspide, ¿no son todos, en cierto modo, lo mismo que aquel lacayo mísero?...

La excelente duquesa de Nemours, que tantas veces llama «canalla» al pueblo que seguía a los «frondistas», hubiera creído manchar la albura del papel en que escribía sus «Memorias» si hubiera estampado en él el nombre del lacayo de Duras. Le bastó con el nombre de su amo. Si hay un libro de las grandes justicias, donde se escriban los nombres de aquellos a quienes la memoria de los hombres ha olvidado, el nombre del lacayo de Duras estará allí escrito en letras de fuego, como condenación contra toda una fase de la vida de la Humanidad, que no ha pasado todavía.

(La Libertad, Madrid).

LECTOR amigo: ¿A usted de veras le gusta el REPERTORIO? Pues consígale un suscriptor más, un aviso más. Es el mejor servicio que puede hacerle. Como también indicarle las personas que podrían recibirlo. Nos cabe el derecho de tanteo con ellas.

GUIA PROFESIONAL

MÉDICOS

Dr. ODIO DE GRANDA

MEDICO, CIRUJANO Y RADIOLOGO
de la Facultad de Medicina de París

Horas de Consulta: } 10 ½ a 11 ½
 } y 2 a 4 pm.

EXCEPTO LOS DOMINGOS — TELEFONO 857

Doctor PEDRO HURTADO PEÑA

MEDICO Y CIRUJANO

Especial atención a los Partos. Clínica situada a 25 varas al Este de la Botica «La Dolorosa».

Horas de consulta: de 10 a 12 m. y de 2 a 5 p. m.

Dr. TEODORO PICADO

MEDICO Y CIRUJANO

Despacha frente a la lechería de González de las 14 a las 17 horas.

Doctor Constantino Herdocia

MEDICO Y CIRUJANO

Enfermedades de los ojos, oídos, nariz y garganta. Horas de oficina: 10 a 11.30 a. m. y de 2 a 5, contiguo al Teatro Variedades.

Teléfono número 1443

Doctor J. ZELEDON ALVARADO

Médico cirujano de la Facultad de Ginebra

Enfermedades internas, venéreas y de la sangre. Nuevos tratamientos por las vacunas y el 106, Galyl.

Consultas: de 9 a 11, y de 1 a 4.

Teléfono número 866

ABOGADOS

ALEJANDRO ALVARADO Q.

RICARDO FOURNIER

TEODORO PICADO H.

ABOGACÍA Y NOTARIADO

DENTISTAS

Doctor EDUARDO MONTEALEGRE

Cirujano Dentista Americano

Despacho: 2ª Avenida O. y calle 4ª S.

Dr. Francisco Ortiz Odio

CIRUJANO DENTAL AMERICANO

Despacha frente a la casa del doctor Durán, lado Este de 8 a 11 y de 12-30 a 5.

Dr. M. FISCHER

DENTISTA AMERICANO

TELÉFONO 683

APARTADO 434

Depósito y venta de materiales para dentistas

FRENTE AL CORREO

SAN JOSE

COSTA RICA

Canciones de madre

ARRURRU

¡Ven Sueño, Sueñito!
Sus ojos son dulces, son buenos,
haced que se duerma prontito.
¡Arrurrú, niñito!

¡Ven Sueño, Sueñito!
Déjame tu saco de arena;
tu saco de arena llenito.
¡Arrurrú, niñito!

¡Ven, Sueño, Sueñito!
Si vienes y duermes mi niño,
te doy un vestido nuevito!
¡Arrurrú, niñito!

EN TU SUEÑO

(Para MARGARITA DE ELIZONDO,
dulce hermana!)

Tú que unes, hijo mío,
mi ternura con mi amor,
duerme, duerme, en tanto vela
hecho luz mi corazón!

Es tu sueño, hijo mío,
arrullado en mi cantar,
como gota de agua clara
que el buen sol hace brillar!

En el prado donde juegas
con los ángeles de Dios,
como un corderito amante
de tus pasos voy en pos!

Cuando duermes, hijo mío,
yo te entono mi cantar,
para verterme en tu alma
como el sol sobre la mar!

ALEGRIA

¡Ah, ah! qué dulces son tus sonrisas,
fiel Reyecito del alma mía!
La mariposa te ama y te envidia,
cuando te llevo por la colina!
Botón de rosa, mi clavelina,
fiel Reyecito del alma mía!
¡Ah, ah! qué dulces son tus sonrisas,
fiel Reyecito del alma mía!
Yo soy la abeja que en tu alma liba
la miel más dulce de su alegría!
Botón de rosa, mi clavelina,
fiel Reyecito del alma mía!

MUSICA

Serafín, Serafín,
tocad junto al niño
tu dulce violín.

La luna, la luna,
que baje del cielo
y meza tu cuna!

Niño-Dios, Niño-Dios,
cantadle en su sueño
mi tierna canción.

Y el mar, y el mar,
que corra a avisarme
su buen despertar!

Y yo fiel, y yo fiel, y yo fiel
le tendré canciones
que sepan a miel!

«UNA LLAVE DE ORO Y OTRA DE PLATA»

Una llave de oro y otra de plata,
la llave de oro es el sol,
la luna es la llave de plata.

Una llave de oro y otra de plata,
tus besos la llave de oro;
tus risas la llave de plata!

Una llave de oro y otra de plata,
tus ojos abiertos, de oro;
tus ojos cerrados, de plata!

Una llave de oro y otra de plata,
tu amor es mi llave de oro,
mi amor es tu llave de plata!

OSCURIDAD

Cesa, cesa de llorar;
¿o no sientes, hijo, mis manos
en medio la oscuridad?
¡No llores, no, no hay razón;
si la estancia yace en sombras
te alumbra mi corazón!
¡Cesa, cesa de llorar,
ni la noche más oscura
de mí te puede apartar!
¡No llores, no, no hay razón,
que hasta en la sombra infinita
tendrás la luz de mi amor!

CARLOS LUIS SÁENZ.

IX-922.

Curiosas observaciones sobre el Ihvih-vovóg

(*Elaps corallinus* o *Víbora de coral*)

EL nombre guaraní que es de vasta distribución y antiguo en Sur-América, significa *hender la tierra* y se refiere al hecho de que estas serpientes para escaparse del enemigo penetran en ella donde es blanda, a semejanza de los *yhvihdya* (*amphisbaena*). Al propio tiempo que procuran penetrar en la tierra, forman un nudo con la extremidad de la cola imitando una cabeza, con pico y ojos blancos por la posición que ocupan los anillos de este color y con esta engañosa cabeza hacen alarde de acometer con mucha habilidad. Esta curiosa práctica es evidentemente instintiva, para defenderse mientras buscan donde ocultarse, y explica la creencia popular de que pican también con la cola, al mismo tiempo que el origen del nombre guaraní.

Observé lo que antecede hace muchos años en el Salto Mondash personalmente en un *Elaps corallinus* y sobre ello comuniqué una breve nota en «Fauna Paraguaya». Un lector, que quizás cree que la noticia fuera basada sobre decires, confunde los hechos, y declara absurda la versión popular.

Ihvi-vovóg se llama también al *Elaps marcgravi*. El sinónimo *Mbói chumbé* aplicado a varias especies, es usado sólo en la región paraguaya.

A. DE WINKELRIED BERTONÍ

(*Ihsoindih*, Yaguarón, Paraguay).

Del tiempo viejo

EL DANUBIO AZUL

Oíd el Danubio Azul, el vals que la abuelita gusta también de oír, porque la resucita todas las cosas de su vieja historia que se van borrando hasta de su memoria... Oíd el Danubio Azul... Los ojos de abuelita se han humedecido... No llores, viejecita, pensando en aquellos que ya se te fueron y oyendo este vals amaron y rieron... Mira en tus nietos tu historia florecida: ellos también hoy aman y sueñan con la vida, todo ruborosos bajo el dulce amparo de tus ojos grises de mirar tan claro... Oíd el Danubio Azul... El vals que la abuelita gusta también de oír, porque la resucita todas las cosas de su vieja historia que se van borrando hasta de su memoria... Y en sus ojos grises, que se han entornado, todos sus dolores se han cristalizado —los hondos dolores de su alma sencilla— en una lágrima que temblorosa brilla entre sus pestañas, tal como si fuera una gota de agua en una enredadera...

RUBÉN YGLESÍAS HOGAN.

Canción

¿Será de amor la queja vana,
que de esta fuente herida mana?
¿Será de amor?
¿Será de amor la despedida
de esta alma herida por la vida?
¿Será de amor?

Esta canción de hojas errantes
que cuentan todos los instantes
de mi dolor,
ese oro limpio del lucero
que deja siempre el aguacero,
¿será de amor?

La miel y el pan de cada día,
el mar que tiembla en su agonía
con ronco hervor,
todo lo que ama y que suspira,
todas las cuerdas de la lira
son de mi amor!...

JAIME TORRES BODET.

México, 1922.

(Inédita de «El Corazón Delirante» para el REPERTORIO AMERICANO).

El Convivio

y las otras ediciones del señor García Monge, se hallan depositadas en la Librería de los señores SAUTER & Co.

Comentando las palabras del Sr. Carazo

PORQUE fueron sus palabras la revelación de la verdad, fueron bellas, y nos dejaron la más completa visión del problema que el país tiene que resolver. Carazo, por ser un naturalista y un investigador, y por vivir en contacto con la tierra, tiene una manera de ver las cosas que le permite estudiar los problemas técnicamente y estudiar las causas sin conformarse con conocer los efectos. El lo ha dicho con una sencillez y una claridad admirables: «Mientras estemos atacando los efectos sin conocer las causas, el problema del niño estará siempre en pie.»

En realidad, la fundación de un Hogar Nacional no será más que un anestésico local; pero el cáncer del país no se destruye con la fundación del Hogar Nacional, que sin embargo, hay que establecer por dos razones de peso: la primera es la de aliviar el mal que está carcomiendo nuestra sociedad y la segunda es que esta escuela en Cartago, será sin duda alguna la que ha de convertirse en escuela granja; y Costa Rica necesita una escuela granja y una escuela industrial a todo trance. Para nosotros la educación vocacional, los proyectos y la socialización de la escuela son fantasmas creados por la imaginación de don Roberto Brenes Mesén, de García Monge y de don Omar Dengo. Pero Costa Rica pide a gritos la escuela granja y la de artes y oficios. Da vergüenza pensar en la cantidad de cosas que importamos y que aquí podrían hacerse y que no se hacen por pura apatía. Ya es tiempo de que dejemos de echarle la culpa al trópico y nos convenzamos de que no es el trópico el que tiene la culpa de la situación del país. Cuba y Panamá están en el trópico, y aunque nos duela decirlo, se han transformado completamente desde que los americanos pusieron allí la mano. En la pura meseta central, en los alrededores de Heredia y en el propio San José, hay casas que no usarían en los Estados Unidos ni para alojar animales, y sin embargo, en La Estrella y en Bananito tienen los americanos casas higiénicas, con buenos baños y con todas las comodidades modernas. El clima tiene mucho que ver con el progreso de los pueblos; pero el carácter, el espíritu de los pueblos, la iniciativa es poderosa y es superior a las desventajas naturales de un país.

Es más, las dificultades y la necesidad son las madres de la invención y en Costa Rica hay que dejar de echarle la culpa al trópico y comenzar a trabajar. Nuestro orgullo satánico nos hace llamar esta tierra la Suiza americana, pero hay que analizar las

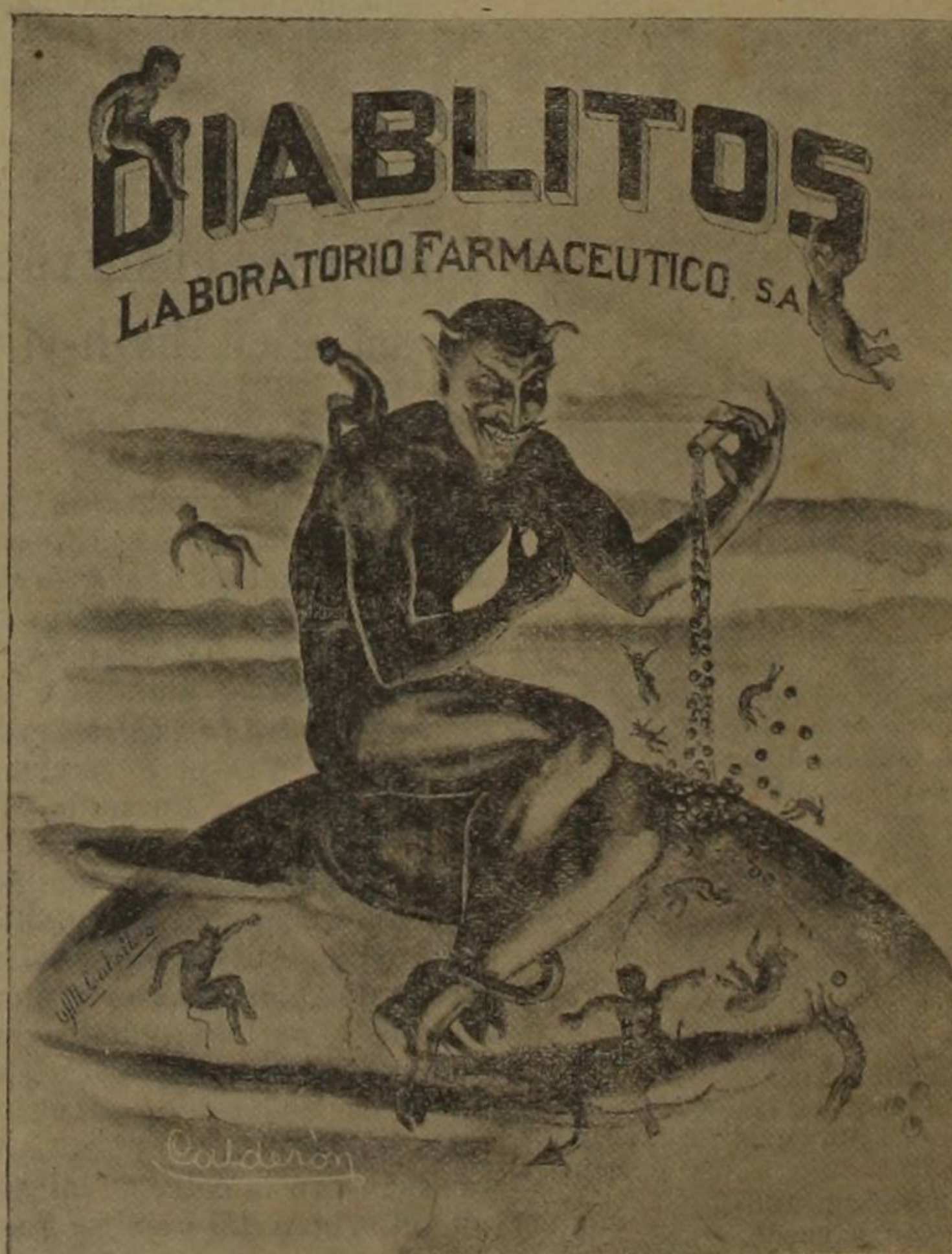
diferencias y semejanzas entre Suiza y Costa Rica y ver si existen razones de peso para creer que esta es una Suiza. Hay que pensar en los cuadros que se presentan al extranjero aquí. Aunque el americano lleve impresa en el alma la vista del volcán Irazú, del río Reventazón, del Poás y del paisaje tropical, no creo que pueda olvidar nunca la miserable vivienda de techo de paja, sin piso y con un agujero para que entre la luz, y donde los niños viven echados sobre un gangoche jugando con un perro. Y los hay tan lindos, con ojos tan negros y tan vivos, que parece mayor el crimen de dejarlos crecer así. Una de las cosas que no podré olvidar jamás es el desfile de atauditos blancos en el mes de octubre. Ah, el señor Carazo tiene razón, el Hogar Nacional no resuelve el problema que nos tiene alarmados. Los niños que vamos a recibir en Cartago

llevarán una carga de miseria, de dolor, de indiferencia, acumulada durante siete, ocho, nueve, diez o doce años.

La causa del abandono del niño costarricense es la madre, diría el amigo Carazo, y yo agrego: y el «padre».

Madres hay que abandonan a sus hijos y que los descuidan, pero hay más padres en este país, donde las leyes, si existen, jamás se aplican a los padres, que ni siquiera conocen a sus hijos. La fundación de la «Sociedad de las Pequeñas Madres», en la Escuela Normal de Costa Rica, me parece el mejor paso dado en pro de la generación venidera; pero la labor de estas niñas admirables fracasará si por desgracia sus vidas van a confundirse con la de hombres inconcientes de su misión en el hogar. Hay que oír a los maestros del Guanacaste hablar de las mujeres de aquella apartada región del país. Mujeres, ignorantes, pobres y maltratadas son las que han dado con qué ponerle el piso a una escuelita. No fueron los hombres.

D
I
A
B
L
I
T
O
S



D
I
A
B
L
I
T
O
S

Píldoras laxantes, hepáticas

SAN JOSE - APARTADO 913 - COSTA RICA

Carazo ha presentado el problema con claridad y nos ha hecho comprender la necesidad de ir al fondo, de investigar las cosas y de conocer las causas del mal que estamos atacando y hay que atacarlo, como él lo dice, técnicamente. Todos los colegios del país debían establecer la Sociedad que la Escuela Normal de Costa Rica fundó el 12 de octubre de este año, con el propósito de celebrar el descubrimiento de América, en donde después de cuatro siglos los niños viven en condiciones en que no vivieron nunca los hijos de los Aztecas ni los hijos de los Incas.

La sesión de trabajo, bajo la presidencia honoraria de don Joaquín García Monge, Ex-Director de la Escuela Normal, fué tan interesante como el programa de la recepción, y el discurso de inauguración de don Juan José Carazo merece toda la atención de los maestros del país porque los principios de su discurso son fundamentales y tienen una aplicación práctica:

- I.—Hay que atacar las causas y no los efectos.
- II.—Hay que preparar a las madres antes que preparar a los niños.
- III.—La fiesta de la raza no se puede celebrar mientras la raza tenga degenerados.

Como lo ha dicho muy bien el señor Carazo, debíamos preguntarnos qué es lo que celebramos el día de la independencia y el día de la raza. El naturalista tiene toda la razón; nosotros no somos independientes ni tenemos raza de que hacer alarde. Vergüenza debía darnos la negligencia que nos hace consentir en que todavía haya niños en la Penitenciaría de San José, niños que son terrones humanos y que la escuela enseña a odiar a otros países más cultos que el nuestro. Pobres las criaturas que de veras creen que el rojo de nuestra bandera representa la sangre de nuestros héroes y que este es un país de mártires y de héroes.

El rojo de nuestra bandera debería convertirse en el rojo de la fragua donde el herrero fabrica la herramienta del trabajo y no el arma que ha de hundir en el pecho del hermano para mancharse las manos con su sangre. Las manos han de ponerse sobre la herramienta como para bendecir la obra a que nos consagramos, ya sea el lápiz lo que tomemos, el arado, el serrucho o el yunque. La amenaza yanqui, si es que existe, no es tan grande como la amenaza de las enfermedades, la inconciencia y la miseria de este país que está llamado a ser una joya engarzada en el Itsmo.

Preparémonos para el advenimiento de la época nueva en que nuestros poetas canten la gloria de nuestros

hombres, la salud de nuestros pueblos, la alegría de vivir, las proezas de nuestros gobiernos, la independencia y la libertad verdaderas y no las que disfrazan nuestro patriotismo.

Que podamos cada nuevo 12 de octubre acercarnos al día en que poetas viriles y escritores robustos canten el trabajo, la armonía y la belleza, y que canten con nosotros las locomotoras que atraviesen las llanuras de San Carlos y el General, las fábricas de tejidos, las trilladoras y los niños bellos

y fuertes de las escuelas de Costa Rica.

Hay que revivir la Grecia de los tiempos heroicos en esta tierra tropical, quebrar el estilete literario con que atacamos a otras naciones y celebrar la fiesta de la raza con juegos olímpicos, con exposiciones de los descubrimientos realizados en nuestros laboratorios y en nuestros campos de agricultura y con himnos a la fraternidad universal.

CORINA RODRÍGUEZ

En los ejércitos de la Obra Bien Hecha

POR EUGENIO D'ORS

NORMA

DICHO quedó antaño, como conclusión de mi «Aprendizaje y Heroísmo».

«Todo pasa. Pasan pompas y vanidades. Pasa la nombradía como la oscuridad. Nada quedará, en fin de cuentas, de lo que hoy es la dulzura o el dolor de tus horas, su fatiga o su satisfacción. Una sola cosa, Aprendiz, Estudiante, hijo mío, te será contada, y es tu Obra Bien Hecha».

EL CARPINTERO ESCAPA Y EL CARPINTERO BOSCH.

GLORIA y prez al maestro carpintero Escapa, que publicó en Figueras un estudio sobre el maestro carpintero Bosch, su discípulo. Es una página que, por su tono y estilo, parece sacada directamente del Vasari. Hay todavía en esta corte de las Españas quien se imagina que con acudir de noche a los «dancings» y fumar cuatro porquerías ya es «un hombre del Re-

nacimiento». No. Hombre del Renacimiento es aquel que se parece al maestro Escapa o al maestro Bosch, y demuestra sentir el mismo amor que ellos sienten por la Obra Bien Hecha.

Como el Vasari, Escapa refiere «concretamente» de las obras «concretas» de su elogiado. ¡Ojalá los elogios de la crítica literaria fuesen siempre así! Y no como los que acabamos de leer en un artículo sobre literatura española moderna, publicado en cierta re-

Más ejemplares de la nueva obra

POR EL ATAJO...

del famoso poeta colombiano

LUIS C. LOPEZ

hemos recibido para la venta.

Precio del ejemplar: ₡ 5-00.

Quien habla de la

CERVECERIA TRAUBE

se refiere a una empresa en su género, singular en C. R.

Su larga *experiencia* la coloca al nivel de las fábricas análogas más adelantadas del mundo.

Posee una planta completa: más de *cuatro manzanas* ocupa, en las que caben todas sus dependencias:

CERVECERÍA, REFRESQUERÍA, OFICINAS, PLANTA ELÉCTRICA, TALLER MECÁNICO, ESTABLO.

Ha invertido una suma enorme en ENVASES, QUE PRESTA ABSOLUTAMENTE GRATIS A SUS CLIENTES.

FABRICA

CERVEZAS

Estrella, Lager, Selecta, Doble, Pilsener y Sencilla.

REFRESCOS

Kola, Zarza, Limonada, Naranjada, Gin-

ger-Ale, Crema, Granadina, Kola, Chan, Fresa, Durazno y Pera.

SIROPES

Goma, Limón, Naranja, Durazno, Menta, Frambuesa, etc.

Prepara también *agua gaseosa* de superiores condiciones digestivas.

Tiene como especialidad para fiestas sociales la KOLA DOBLE EFERVESCENTE y como reconstituyente, la MALTA.

SAN JOSE

COSTA RICA

vista italiana, y en el cual vemos con maravilla que tal poeta contemporáneo nuestro es «delicado y suave», mientras que tal otro «practica investigaciones sutiles sobre los hechos de la naturaleza», y Octavio de Romeu—¿qué pensáis que hace Octavio de Romeu?—, pues, «honra a su nativa Barcelona».

Maestro Escapa escribe en plano más honesto, en plano de conocimiento directo y preciso: «El altar o retablo de estilo gótico que adorna una capilla de nuestro templo parroquial, así como el dosel del mismo gusto y destino, bien dicen que nuestro compatriota maneja la gubia como el más diestro tallista». «...El proyecto del trasaltar es obra suya, y es lástima que el zócalo se vea desnaturalizado...» «Otra muestra del buen gusto y de los recursos de Bosch es la solución dada para la construcción de una librería propiedad del amigo José Sabater...» «Complacido y satisfecho, me enseñó las dos maderas ya obradas. Y, seguro de que eran tales y como debían ser, hizo terminar todas las piezas y encajes sin tanteo ni dudas, terminándose el montaje con facilidad suma, y resultando, en conjunto y en detalle, de la exactitud más cabal».

Todo esto me enamora. Yo daría siempre, por este honrado y magnífico «seguro de que eran como debían ser», veinte párrafos de «prosa lírica» y veinte volúmenes de «literatura estimulante».

CEFERINO GORCHS

CEFERINO Gorchs murió en Barcelona asaz oscuro; pero, en una ciudad del Renacimiento, el senado le hubiera concedido funerales públicos. Entre impresor y calígrafo, su obra, en el arte tipográfico—digamos, para mayor exaltación de excelencia: en el oficio tipográfico,—es una obra de honestidad, que merece las gratitudes del recuerdo.

El fué quien incorporó al repertorio de nuestros tipos de imprenta la letra llamada clásicamente «bastarda espa-

ñola.» El fué quien mejor tradujo, en enroscadas figuras de gruesos y delgados, que se hubiera dicho litográficas, sobre aquel papel tan bueno, tan áspero, tan blanco, el espíritu de rectitud comercial de las viejas ediciones barcelonesas. La firma de sus prensas aprendímosla al pie de muchos pulcros textos a dos columnas—¡a dos columnas!—, que embelesaron nuestras convalencias infantiles.

Después, ¡ay!, vino «la renovación de las artes gráficas.» Después vinieron la letra gótica, y la bibliofilia, y la

tricromía, y los ex-libris, y colofones, y justificaciones de tiraje, y aquello de «Acabado de imprimir el día de Nuestra Señora del Carmen, en el obrador de...», y toda la «mandanga» estética. Y vinieron con ella las erratas innúmeras en el texto y las letras torcidas en la encuadernación.

El Glosario, que tanto abomina de todos estos primores juntos, debía un homenaje enternecido a Ceferino Gorchs en la lista áurea de nombres ilustres en la gloria de los oficios.

(La Libertad, Madrid)

REVISTA CHILENA

PUBLICACION MENSUAL

Santiago de Chile — Correo Central
CASILLA 1672

CIENCIAS — ARTES,
POLITICAS — LETRAS

La «Revista Chilena» aparecerá todos los meses, con excepción de los de Enero y Febrero, en números de 112 páginas como minimum.

La Revista admite canjes con revistas científicas y literarias nacionales y extranjeras.

Toda correspondencia relativa a la Revista y los canjes deben ser dirigidos al Director; Santiago, Correo Central, Casilla 1672.

Revista de Filosofía

CULTURA, CIENCIAS, EDUCACION

Publicación bimestral dirigida por el
Dr. JOSE INGENIEROS

Aparece en volúmenes de 150 a 200 págs.

Estudia problemas de cultura superior e ideas generales que excedan los límites de cada especialización científica.

Suscripción anual: 10 pesos moneda argentina.

Exterior, id: 5 \$ oro.

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN

VACCARO

— Avenida de Mayo 638 —
BUENOS AIRES



Para mal estar, pesadez de estómago, acidez y dolores de cabeza, debidos a digestión pesada, tome

DIGESTOIDES

Pídalas en todas las boticas

GRAN FABRICA DE VELAS "LA POLAR"

CESAREO GARCIA, SUCS.

APARTADO

756

LAS MEJORES VELAS QUE SE FABRICAN EN EL PAÍS

ORDENENOS UN PEDIDO Y SE CONVENCERA

TELEFONO

126

SAN JOSE DE COSTA RICA